

Reflexiones sobre “El llamado”.

Pedro Pablo Achondo M, ssc

Mucho tiempo el uso de la expresión “el llamado” ha sido comprendida, por un lado como un acto sobrenatural y acotado (específico, singular); y por otro lado, referido únicamente para la vida religiosa y presbiteral.

Para dilucidar algunas cosas sobre el uso y la recta comprensión del término vamos a mirar al “Llamante”, es decir, a Jesús de Nazaret. Para ello podemos acercarnos a los textos clásicos del llamado en Lucas 5, 1-11; Marcos 1, 16 ss y Mateo 4, 18 ss. También puede confrontarse este tema con el texto de Samuel 3, 1-19.

En los Sinópticos Jesús “llama” a Pedro y Andrés, primero; y luego a Santiago y Juan. Los llama sin más: “*Sígueme*”. Y usa otra expresión que nos interesa: “*Los haré pescadores de hombres*”.

De la primera expresión podemos inferir que la llamada es inseparable del seguimiento. Jesús llama para que lo sigan. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Con quiénes? son preguntas que vienen después. La llamada apunta exclusivamente e inmediatamente a *seguir* al Señor Jesús. No apunta a lo accesorio, podríamos decir. Así, aparece aquí una categoría nueva –que implica una forma nueva de vivir, de estar, de ver. La categoría del Seguimiento.

Esta categoría hace alusión a muchas cosas: el seguimiento es *con otros*, hay *testigos* (incluso mártires) que nos preceden, consiste en un desapego, aparece la renuncia, es caminar *con-Jesús*, el seguimiento nos lleva a un discipulado misionero, etc...

De la segunda expresión utilizada por Jesús sacamos algo fundamental para comprender el “llamado”. Pedro, Andrés, Santiago y Juan –jestos últimos dejan a su padre ahí mismo!- son *pescadores*. Ese es su oficio, lo que les da el sustento para vivir y los mantiene ocupados la mayor parte del tiempo. Oficio que han elegido o que simplemente les tocó por cultura, herencia familiar o cosas de la vida. Eso no lo sabemos. Lo que importa es que eso es lo que hacen, a lo que se dedican. Jesús los convoca y les ofrece algo nuevo, otra cosa: “*ser pescadores de hombres*”. Usando la misma expresión del oficio, hace una analogía llevándolos a otro plano: la humanidad. Les ofrece “otro oficio”, otra dedicación que los involucre por completo y los plenifique. Les ofrece una vida en abundancia (Juan 10,10).

De lo anterior podemos desprender algunas cosas para nuestra reflexión:

- Todos los seres humanos son “llamados” por el Dios de Jesús.
- La llamada la hace Alguien con un rostro concreto y humano: Jesús de Nazaret. De esta forma, la llamada es más “natural” que “sobrenatural”, no es Dios sin más quien convoca, sino Jesús con su voz. Hoy es su presencia resucitada a

través del Espíritu. Hoy se vale de personas concretas, de vivencias, de los más pobres que llaman, de la creación, de la Palabra, de la Iglesia, de los sacramentos, de la familia...

- El llamado universal es al seguimiento, es decir, a la fe. A la conversión de la propia vida.
- El llamado supone una “oferta” que plenifica en muchos casos la ya tomada o escogida.
- La llamada es profundamente radical, pues de *no conocer a Jesús* (como es el caso de los primeros discípulos) se pasa a *RE-conocerlo y seguirlo*. Es un cambio de vida, de camino, de mirada.
- Nuestros tiempos son otros y muchas veces la “llamada” sucede cuando ya conocemos al Señor. Bueno, en estos casos cabría preguntarnos ¿Qué tanto lo conocemos? y si es así, ¿Lo *RE-conocemos como Señor de la vida*, como Dios de la historia, como Camino y Verdad, como dador de sentido, horizonte y plenitud, cómo Mesías, Ungido, Hermano?
- El llamado pone, paradójicamente, el acento en la *respuesta libre y personal* – desde la propia originalidad: “pescadores”. Tanto Pedro como Juan podrían haber respondido negativamente al apelo radical de Jesús: Sígueme. Sin embargo lo hacen y se nos presentan en los Evangelios como testigos oculares de la Transfiguración de Jesús. La respuesta personal, libre y única, hace carne la llamada universal y sin diferencias. ¡¡Del sí surgen consecuencias completamente insospechadas!! Es lo mismo que le sucede a Samuel, que de joven que no conocía a Dios se transforma en el profeta que unge al Rey David siendo un pequeño niño pastor.
- Otra dimensión es el *dinamismo* de la llamada. No hay UNA llamada en la vida de los seres humanos. Pedro es invitado una y otra vez a volver a responder libremente y de diversas maneras al apelo de Jesús; de acuerdo a su proceso vital y espiritual.